

Non, que apenas Don Baltasar se desvió donde le dixe, quando salieron de vna casa mas abaxo de donde yo estava, seis hombres armados, y con mascarar, y disparando los dos de ellos, dos pistolas, y los otros metiendo mano a las espadas, me acometieron, cercandome por todas partes de las pistolas, la vna fue por alto, mas la otra me acertò en vn brazo, que si bien no encarnò para hazerme pedazos, bastò a herirme muy mal, meti mano, y quise defenderme, mas fue imposible, porque a cuchilladas, y estocadas, como eran seis contra mi me derribaron, herido mortalmente: Al ruido bolviò mi camarada, y salieron de las casas vezinas gente, y de mi posada los amigos, que aun no estavan acostados, por averse puesto a jugar, y los traydores, viendo lo que les importava, se pusieron en fuga, que sino, tengo por sin duda, que no se fueran hasta acabarme. Llevaronme a la posada medio muerto; traxeron a vn tiempo los Medicos, para el alma, y para el cuerpo, que no fue pequeña misericordia de Dios quedar para poderme aprovechar de ellos. En fin, lleguè a punto de muerte: mas no quiso el Cielo que se executasse entonces esta sentencia: Pusose tan cuydado en mi cura, como me halle con dinero para hazerlo, que vine a mejorar de mis heridas, y a estar yà para poderme levantar, y quando lo empezava a hazer, me embiò el General a dezir con el Sargento

Mayor, que tratasse de salir luego de aquel Pais, y me bolvièssè a mi patria, porque me hazia cierto de que quien me avia puesto en el estado que estava, aun no estava vengado, que assi se lo avisavan por vn papel que le avian dado, sin saber quien, y que le dezian en èl, que por loco, y mal zelador de secretos avia sido, que no hiziesse juizios, que de mano de vna muger se avia todo originado. En esto conoci de què parte avia procedido mi daño; y assi, sin aguardar a estar mas convalecido, me puse en camino, y con harto trabajo, por mi poca salud, lleguè a mi patria, donde hallè, que ya la ayrada Parca avia cortado el hilo de la vida a mi madre, y mi padre viejo, y muy enfermo, con que dentro de vn año siguiò a su amada consorte: quedè rico, y en lo mejor de mi edad, pues tenia a la fazon de treinta y tres a treinta y quatro años: ofrecieronseme luego muchos casamientos de señoras de mucha calidad, y hacienda, mas yo no tenia ninguna voluntad de casarme, porque aun vivia en mi alma la imagen adorada de Madama Lucrecia, perdida el mismo dia que la vi; que aunque avia sido causa de tanto mal, como padeci, no la podia olvidar, ni aborrecer, hasta que vna Semana Santa, acudiendo a la Iglesia Mayor a òsistir a los Divinos Oficios. Vi vn sol: Poco digo: vi vn Angel. Vi en fin vn retrato de Lucrecia, tan parecido a ella, que mil vezes me quise persuadir, a que arrepentida de averme

puesto en la ocasion que he dicho, se avia venido tras mi. Vi en fin a Elena, que este es el nombre de aquella desventurada muger, q̄ aveis visto comer los huesos, y migajas de mi mesa: y assi como la vi, no la amè porque yà la amava; la adorè, y luego propuse, si no avia causa que lo estorvase a hazerla mi esposa; seguíla, informeme de su calidad, y estado; supe que era noble, mas tan pobre, que aun para vna mediania le faltava; era donzella, y sus virtudes las mismas que puede desear, pues al dote de la hermosura se allegava el de honesta, recogida, y bien entendida, no tenia padre, que avia muerto vn año avia, y su madre era vna honrada, y santa señora. Contenta de todo, haziendo quenta que la virtud, y hermosura era la mayor riqueza, y que en tenir a Elena, tenia mas riquezas q̄ tuvo Midades: me casè con ella, quedando madre, y hija tan agradecidas, q̄ siempre lo estaban repitiendo, è yo como mas amante, me tuye en merecerla por el mas dichoso de los hombres. Saquè à Elena de la mayor miseria, a la mayor grandeza, como aveis visto en esta negra, que ha estado a mi mesa esta noche, dando embidia a las mas nobles damas de toda la gran Canaria, tanto con la hermosura, como con la grandeza en que la vian, luciendo tanto la belleza de Elena, con los atavios, y ricas joyas, que se quedavan envelesados quantos la veian, è yo cada dia mas, y mas enamorado, buscando nuevos rendimientos para

mas obligar: amavala tan ternissimamente, que las horas sin ella, juzgava siglos, y los años en su compañía instantes: Elena era mi Cielo, Elena era mi gloria, Elena era mi jardin, Elena mis holguras, y Elena mi recreo: Ay de mi, y como me tendreis por loco, viendome recrear con el nombre de Elena, y maltratarla, como esta noche aveis visto! Pues yà es Elena mi asóbro, mi horror, mi aborrecimiento; fue muger Elena, y como muger ocasionò sus desdichas, y las mias: murió su madre a los seis años casada Elena; y sentilo yo mas què ella; pluguiera el Cielo viviera, que quizá a su sombra fuera su hija la q̄ me devia ser. Tenia Elena vn primo hermano, hijo de vna hermana de su padre, moço, galan, y biè entèdido, mas tã pobre que no tenia para sustentar el seguir sus estudios, para ser de la Iglesia; è yo, que todas las cosas de Elena las estimava mias, para que pudiera conseguir los estudios, le traxe a mi casa, comiendo, vistiendo, y triunfando a costa mia, y se lo dava yo con mucho gusto, porque le tenia en lugar de hijo. Yà avia ocho años que eramos casados, pareciendome a mi que no avia vna hora, viviamos en la Ciudad, si bien los Veranos nos veniamos a este Castillo a recoger la hacienda del campo, como todos hazen, y aquel Verano, que fue en el que empezò mi desdicha, sucediò no estar Elena buena, y creyendo que fuesen achaques de preñada, como yo lo deseava, no la consenti

venir aquí, vine yo solo, y como el vivir sin ella era imposible, a los ocho días, dexandome el deseo de verla; bolví a la Ciudad cō el mayor contento que puede imaginarse; lleguè a sus braços, y fui recibido con el mismo, q̄ quando considero las traiciones de vna muger, se me acaba la vida; con que disimulació me acariciò, pidiéndome, que si avia de bolver al Castillo, no la dexasse, que estando apartada de mi no vivia: pues apenas foflegado en mi casa, me apartò aparte esta negra que aquí veis, que nació en mi casa, de otra negra, y vn negro, que siendo los dos esclavos de mis padres, los casaron, y me dixo llorando: Ya, señor, no fuera razon encubrirte la maldad que passa, que fuera negarme la criança que tus padres, y tu hizisteis a los mios, y a mi, y al pan; que como sabe Dios la pena que tengo en llegar a dezirte esto, mas no es justo, que pudiendo remediarto, por callar yo, vivas tu engañado, y sin honra; y por no detenerme, que temo que no serà mas mi vida de quanto me vean hablar contigo, porque así me han amenazado: Mi señora, y su primo tratan en tu ofensa, è illicito amor, y en saltando tu en tu lugar, ocupa su primo tu lecho: yo lo avia sospechado, y cuydadosa lo mirè, y es el mal que lo sintieron. Yo te he avisado de la traición que te hazen, agora pon en ello el remedio, como queden buenos amigos, el Cielo solo lo sabe, y vosotros lo podeis juzgar. Mil vezes

quise sacar la lengua a la vil mensajera, y otras, no dexar en toda la casa nada vivo; mas viendo que era espantar la caça si lo hazia, me reportè, y disimulando mi desventurada pena, tratè otro dia, no tenièdo paciencia para aguardar a ver mi agravio a vista de ojos, de que nos vinièsemos aquí, y dando a entender que me importava estàr aquí mas de espacio que otras vezes embiè todo el omenaje de casa, criadas, y esclavos primero, y luego partimos nosotros, Elena con gusto de lo que yo le tenia, que yo tuve cautela, y disimulacion, que ya para mi es, aunque pudiera ser que no fuera; que al honor de vn marido, solo que èl lo sospeche basta: quanto, y mas, aviendo testigo de vista. Lo primero que hize, ciego de furiosa colera, en llegando aquí, fue, quemar vivo al traydor primo de Elena, reservando su cabeza para lo que aveis visto, que es la que traia en las manos, para que le sirva de vaso en que beba los aq̄vares; como bebì en su boca las dulçuras. Luego llamando a la negra, que me avia descubierto la traición, le di todas las joyas, y galas de Elena, delante della misma, y le dixè, por darle mas dolor, que ella avia de ser mi muger, y como a tal se sirvièsse, y mandasse el hazienda, criadas, y criados, durmiendo en mi misma cama, aunque esto no lo executò, que antes que Elena acabe la he de quitar a ella tambien la vida. Queriasè disculpar Elena, mas no se lo consensy

ti: No la maté luego porque vna muerte breve, es pequeño castigo; para quien hizo tal maldad contra vn hombre, que sacandola de su miseria la puso en el alteza, que os he contado. En fin de la fuerte que veis, ha dos años que la tengo, no comiendo mas de lo que oy ha comido, ni bebido, ni teniendo mas de vnas pajas para cama, ni aquel rincón donde està es mayor que lo que cabe su cuerpo echado, que aun en pie no se puede poner; su compañía es la calavera de su traydor, y amado primo, y así ha de estar hasta que muera, viendo cada dia la esclava que ella mas aborrecia, adornada de sus galas, y en el lugar que ella perdió en mi mesa, y a mi lado. Esto es lo que aveis visto, que os tiene tan admirados: Consejo no os le pido, que no le tengo de tomar, aunque me le deis, y así podeis excusaros de esse trabajo, porque si me dezis que es crueldad, que viva muriendo, ya lo sè, y por esto lo hago. Si dixeredes, que fuera mas piedad matarla: digo que es la verdad, que por esso no la mato; porque pague los agravios con la pena, los gustos que perdió, y me quitò, con los disgustos que passa: con esto idos a reposar, sin dezirme nada, porque de aver traído a la memoria estas cosas, estoy con tan mortal rabia, que quisiera que fuera oy el dia en que supe mi agravio, para poder de nuevo executar el castigo. Mañana nos veremos, y podrá ser que està mas humana mi pasión, y os oirè todo lo

que me quisieredes dezir; no porque he de mudar de proposito, sino por no ser descortès con vosotros. Con esto se levantò de la silla; haciendo Don Martin, y su compañero lo mismo, y mandando a vn criado los llevasse a donde tenían sus lechos, dandoles las buenas noches, se retirò Don Iayme a donde tenia el suyo. Espantados ibàn Don Martin, y el compañero del suceso de Don Iayme, admirandose, como vn Cavallero de tan noble sangre, Christiano, y bien entendido, tenia animo para dilatar tãto tiempo tan cruel vengança en vna miserable, y triste muger, que tanto avia querido, juzgando, como discretos, que tambien podia ser testimonio, q̄ aquella maldita esclava huviesse levantando a su señora, supuesto que Don Iayme no avia aguardado a verlo; y resuelto Don Martin en darfelo a entender otro dia, se empezaron a desnudar, y Don Iayme ya retirado a otra quadra donde dormia, con la pasión, como èl avia dicho, que de traer a la memoria los naufragios de su vida, se empezó a passar por ella, dando suspiros, y golpes vna mano con otra, que parecia que estava sin juicio. Quando Dios, que no se olvida de sus criaturas, y queria, que ya que avia dado (como luego se vera) el premio a Elena, de tanto padecer, no quedasse el cuerpo sin honor, ordenò lo que aora oirèis, y fue: Que apenas se avian recogido todos, quando la negra, que acostada estava, empezó a dar

grandes gritos, diciendo: Iesus, que me muero, confesion, y llamando a las criadas por sus nombres, a cada vna dezia, que le llamassen a su señor: Alborotaronse todas, y entrando donde la negra estava, la hallaron batallando con la cercana muerte. Tenia el rostro, y cuerpo cubierto de vn mortal sudor, y tras esto con vn temblor, que la cama estremecia, y de rato en rato se quedava amortecida, que parecia, que ya avia dado el alma, y luego bolvia con los mismos dolores, y congoxas a temblar, y sudar a vn tiempo; pues viendo que dezia, que le llamassen a su señor, que le importava hablarle antes de partir deste mundo, le llamaron, que assi èl como D. Martin, y su compañero, avian al alboroto de la casa salido fuera, y entrando todos tres, y algunos de los criados, que vestidos se hallaron, adonde la negra estava, notando Don Martin la riqueza de la cama en que la abominable figura dormia, que era de damasco azul, goteras de tercio pelo con franjas, y fluecos de plata, que a la quenta juzgò ser la cama misma de Elena, que hasta de aquello la avia hecho dueño el mal aconsejado marido; y como la negra viò a su señor, le dixo: Señor mio, en este passo en que estoy, no han de valer mentiras, ni engaños; yo me muero, porque a mucha priesa siento que se me acaba la vida, yo cenè, y me acostè buena, y sana, è yà estoy acabando, soy Christiana, aunque mala, y conozco, aunque ne-

gra con el discurso que tèngo, que ya estoy en tiempo de dezir verdades, porque siento que me està amenazando el Juizio de Dios: è yà que en la vida no le he temido, en la muerte no ha de ser de esse modo; y assi te juro, por el passo riguroso en que estoy, que mi señora està inocente, y no deve la culpa por donde la tienes condenada a tan rigurosa pena, que no me perdone Dios, si quanto te dixè no fue testimonio que la levantè, que jamàs yo le vi cosa que desdixèssè de lo que siempre, fue santa, honrada, y honesta; y que su primo murió sin culpa; porque lo cierto del caso es, que yo me enamorè del, y le andava persuadiendo fuèssè mi amante, y como yo veia que siempre hablava con mi señora, y que a mi no me queria, di en aquella mala sospecha, que se devian de amar, pues aquel dia mismo que tu veniste, riendo mi señora conmigo, le dixè, no se que libertades en razon desto, que indignada de mi libertad, me maltratò de palabra, y obra, y estandome castigando entrò su primo, que sabido el caso, ayudò tambien a maltratarme, jurando entrambos, que te lo avian de dezir, è yo temiendo tu castigo, me adelantè con aquellas mentiras, para que tu me vengasses de entrambos, como lo hizistes; mas yà no quiere Dios que estè mas encubierta mi maldad; yà no tiene remedio lo hecho, lo que agora te pido es, que me perdones, y alcances de mi señora lo mismo, para que

que me perdone Dios, y buelvela a su Estado; porque por él te juro, que es sin culpa lo que está padeciéndolo. Si haré, dixo a esta vltima razón, Don Iayme, los ojos vermejos de furor; este es el perdon que tu mereces, engañadora, y mala hembra; y pluguiera a Dios tuvieras mas vidas que esta que tienes, para quitartelas todas, y diziendo esto, se acercó de vn salto a la cama, y sacando la daga, le dió tres, ó quatro puñaladas, ó las que bastaron a que llegasse mas presto la muerte: fue hecho el caso con tanta presteza, que ninguno lo pudo prevenir, ni estorvar, ni creo lo hizieran, porque juzgaron bien merecido aquel castigo. Salióse hecho esto D. Iayme fuera, y muy pensativo se passava por la sala, dando de rato en rato vnos profundos suspiros. A este tiempo llegó Don Martin, y muy contento le dixo: Pues como señor Don Iayme, y en dia de tanta alegría, en que aveis ganado honor, y muger, pues podeis hazer quenta, que oy os casais nuevamēte con la hermosa Elena, hazcis extremos; y el tiempo que aveis de gozaros en sus brazos, le dexais perder: no teneis razon, bolved en vos, y alegraos, como todos nos alegramos, dad acá esta llave, y saquemos esta triste, è inocente señora. Aquietóse algo el pobre Cavallero, y sacando la llave, la dió a D. Martin, el qual abriendo la estrecha puerta, llamó a la dama, diziendo: Salid, señora Elena, que ya llegó el dia de vuestro descanso, y viendo que no

respondia, pidióle acercassen a la luz, y dezia bien, que ya Elena, le tenia, y entrando dentro, vió a la desgraciada dama muerta, estar echada sobre vnas pobres pajas; los brazos en Cruz sobre el pecho, la vna mano tendida, que era la izquierda, y con la derecha hecha con sus hermosos dedos vna bien formada Cruz: el rostro, aunque flaco, y macilento tan hermoso, que parecia vn angel, y la calavera del desdichado, è inocente primo, junto a la cabecera a vn lado. Fue tan grande la compasión que le sobrevino al noble Don Martin, que se le arrastaron los ojos de lagrimas, y mas quando llegó, y tentandola la mano, vió que estava fria, que a la quēta, así como desde su penosa carcel devió de oír a su marido contar su lastimosa historia, fue su dolor tan grande, que bastó lo que no avia hecho la penosa vida, que passava el dolor de ver el credito que dava a vn engaño a acabarle la vida: Y viendo, pues, que yá no avia remedio, despues de averle dicho con lagrimas el buen Don Martin: Dichosa tu, Elena, que ya acabaste con tu desgraciada suerte, y desdichada, en que si quería no supieras, como ya el Cielo bolvió por tu inocencia, para que partieras deste mundo con algun consuelo, llamó a Don Iayme, diziendo: Entrad, señor, y ved de lo que ha sido causa vuestro cruel engaño: Entrad, os suplico, que para aora son las lagrimas, y los sentimientos, que ya Elena, no tiene necesidad de que vos

le deis el premio de su martirio, que yá Dios se le ha dado en el Cielo: entrò Don Iayme alborotado, y con passos descompuestos, y como viò a Elena de la suerte que estava llorando, como flaca muger, el que avia tenido coraçon de fiera, se arrojò sobre ella, besandole la mano, dezia: Ay, Elena mia, y como me has dexado! porque, señora no aguardavas a tomar vengança deste traydor, que quiso dar credito mas a vna falsedad, que a tus virtudes! Pidesela a Dios, que qualquiera castigo merezco! Don Martin, que le viò con tanta passion, acudiò advertido, a quitarle la daga, que tenia en la pretina, temiendo no hiziesse alguna desesperacion, y es lo cierto que la hiziera, porque echando la mano a buscarla, y no hallandola, se empeçò a dar puñadas, y arrancarse las barbas, y cabellos, y a dezir algunos desaciertos: Acudieron todos llorando, y casi por fuerça le sacaron fuera, mas por cosas que hazian no le pudieron aquietar, hasta que rímitadamente perdió el juicio, que sobre las demás lastimas vistas, esta echò el sello, para que quantos estavan presentes, soltando las riendas al dolor, davan gritos, como si a cada vno le faltara la prenda mas amada de su alma, en particular las donzellas, y esclavas da la difunta Elena, que cercadas la tenian, llorando, y diziendo mil lastimosas razones, abonandola, y publicando su virtuosa vida, que por no averlas querido su señor oír, no lo avian hecho antes. Viendo Don

Martin la confusion, mandò que las mugeres se retirassen adentro, y por fuerça, entre èl, y los criados, llevaron a D. Iayme a su cama, y le acostaron, atandole, porque no se levantasse, y se arrojasse por alguna ventana, que esse era su tema, que le dexasse quitarse la vida, para ir donde estava Elena, mandando a dos criados no se apartaran dèl; ni le dexaran solo. Informose si Don Iayme tenia algun pariente en la Ciudad; y diziendole tenia vn primo hermano, hijo de vna hermana de su madre, Cavallero rico, y de mucha calidad, y nobleza, despachò luego vno de los criados, con vna carta, para que viniesse a disponer lo necessario en tantos fracasos; que sabido el caso por Don Alexandro, è informado de todo èl, y su muger, con mucha gente de su casa, afsi criados, como criadas, con otros Cavalleros, que supieron el caso, vinieron al Castillo de Don Iayme, donde hallando tantas lastimas, todos juntos lloravan de ternura, y mas de ver a Elena, que cada hora parecia estar mas hermosa: Sacaronla de donde estava, que hasta entonces no avia consentido Don Martin tocar a ella, y puesta en vna caxa, que se mandò traer de la Ciudad. Despues de aver enterrado a la negra, que parecia vn retrato de Lucifer, allí en la Capilla del Castillo, con Don Iayme, y el cuerpo de Elena, y todo lo demás de hacienda, y gente se vinieron a la Ciudad en casa de Don Alexandro, y D. Martin, y su cama,

rada con ellos, que les hazian todos mucha honra, y despues de sepultada Elena, con igual sentimiento de todos, se tratò con Medicos afamados dar remedio a Don Iayme, mas no fue posible. Allí estuvo Don Martin vn mes aguardando si Don Iayme mejorava; y visto que no tenia remedio, despedido de Don Alexandro, se embarcò para España, y tomado prospero puerto, llegó a la Corte, y visto por su Magestad las ocasiones en que le avia servido, se lo premiò, como merecian, donde en llegando a Toledo se casò con su amada prima, con quien vive oy contento, y escarmentado en el suceso que viò por sus ojos, para no engañarse de enredos de malas criadas, y criados; y en las partes que se hallava, contava el suceso que aveis oïdo, de la misma manera que yo le he dicho, donde con él queda bien claramente probada la opinion, de que en lo que toca a crueldad, son los hombres terribles, pues ella misma las arrastra de manera, que no aguardan a segunda informacion: y se ve asimismo, que ay mugeres que padecen inocentes, pues no todas han de ser culpadas, como en la comun opinion lo son. Vean ahora las damas, si es buen desengaño considerar, que si las que no ofenden pagan, como pagò Elena, que haràn las que siguiendo sus locos devaneos, no solo dãn lugar al castigo, mas son causa de que infaman a todas, no mereciendolo todas; y es bien mirar; que en la

era, que corre, estamos en tan adversa opinion con los hombres, que, ni con el sufrimiento los vemos, ni con la inocencia los obligamos.

Aqui diò fin la hermosa Filis a su desengaño, enterneciendo a quantos le oyeron, con quanta paciencia avia Elena llevado su dilatado martirio, y los galanes agradecidos a la cortesía, que Filis avia tenido con ellos, le dieron cortesíes agradecimientos, y todos, dando cada vno su parecer, gastaron alguna parte de la noche, que ya iba caminando con apresurado passo a su alvergue, para dar lugar al día, que asimismo venia caminando a toda diligencia; y esto fue en tanto, que sacavan vna costosa, y bien dispuesta colacion, que por ser tan tarde no quiso Lisis que fuera cena, quedando avisados, que se juntasen el dia siguiente mas temprano, porque tuviesen lugar despues de dichos los quatro desengaños, recibir vn sumptuoso banquete, que estava prevenido. Con esto se diò fin a la noche, cantando Doña Isabel, y los Musicos estas Canciones.

Como Tantalo muero,  
el cristal à la boca,  
y quando al labio toca,  
y que gustarla quiero,  
de mí se va apartando;  
sin mirar, que de sed estoy rabiado.

Hurtè yo la Ambrosia,  
ò Iupiter ayrado;  
porque me has castigado,



con tanta tiranía:  
 Ay que rigor tan fiero: (muero!  
 q̄ estando junto al bien, por el bien  
 Ay penfamiento mio,  
 que te han hecho mis ojos

que colmados de enojos  
 es cada qual vn rio;  
 y tu fordo à mis queexas,  
 fin dolerte su mal, llorar los dexas?

\*\*\*\*\*:\*\*\*\*\*

## NOCHE SEXTA.

**Q** Vando diò fin la musica, ya la hermosa Matilde estava prevenida para referir su defengaño; bien incierta de que luciese, como los que ya quedavan dichos: Mas ella era tan linda, y donayrosa, q̄ solas sus gracias bastavan ha defengañar a quantos la miravan, de q̄ ninguno la merecia; y asì quando no fuera su defengaño de los mas realçados, la falta dèl supliera su donayre; y viendo q̄ todos suspensos, callavan; dixo asì: Cierito, hermosas damas, y bien entendidos Cavalleros, q̄ quando me dispuse a ocupar este asiento, dexe a la puerta prevenida vna posta, y yo traygo las espuelas calçadas; porq̄ el dezir verdad, es lo mismo que defengañar: y en el tiempo que oy alcançamos, quien ha de dezir verdades, ha de estar resuelto a irse del mundo, porque si nos han de desterrar dèl los que las escuchan, mas vale irnos nosotros; pues la mayor suerte es vencerse vno a si mismo, que no dexarse vencer de otros. **Desto** nació el matarse los

Gentiles, porque como no alcançavan la inmortalidad del alma en cambio de no verse abatidos, y vltrajados de sus enemigos, no estimavan la vida, y tenian por mas honrosa vitoria morir a sus mismas manos, que no a las de sus enemigos; y desta misma causa nace oy el dezir mal los hombres de las mugeres, porq̄ los defengañan, si no con palabras, con las obras. Hablo de las q̄ tratan de engañar, y defengañar; los hombres fueron los autores de los defengaños, historias divinas, y humanas nos lo dizen, q̄ aunque pudiera citar algunas no quiero, porque quiero gran gear nombre de deségañadora, mas no de escolastica; que ya que los hombres nos han vsupado este titulo con afeminarnos mas que naturaleza nos afeminò, que ella, si nos diò flacas fuerças, y coraçones tiernos, por lo menos nos infundió el alma tan capaz para todo, como la de los varones; y supuesto esto, gozen su imperio, aunque tiranamente adquirido, que yo, por

lo menos me escusaré de cuestiones de Elcuelas. Digo en fin, que como las mugeres vieron que los hombres avian de mas a más inventado contra ellas los engaños, hurtaronles, no el arte, sino el modo. Entra vn hombre engañando (como es la verdad, que todos lo saben hazer bié) la muger finge engañarse, pues quando vê, que ya el hombre trata de deshazer el engaño, adelentase a ser primera. Quien es tu enemigo: (El adagio lo dize) Ellos, por no declararse por engañadores, disimulan, y querellanse de que no ay que fiar dellas, porque todas engañan. Veis como la verdad està mal recibida; ellas por no morir a manos de los engaños de los hombres, defengañan, y quieré mas morir a las suyas, que bien cruelmente es la mala opinion en que las tienen porque, que mayor defengañio, que quitarles su dinero, y ponerlos en la calle? El daño es, que los hōbres, como està tan hechos a engañar, que ya se hereda como mayorazgo, hazen lo mismo la vez que pueden con la buena, como con la que no lo es: Ellos dizen, que de escarmetados, y este es el mayor engaño suyo, que no es sino, que pueden mas. Miren las que no tratan de los deleytes vulgares, lo que les sucede a otras, y serà el verdadero acierto. Mas el mal, que como las que digo no van con el ditamen de las demás, que es engañar, y defengañar, entran en el engaño, y se estan en èl toda la vida, y aun desto se les ha conseguido a muchas la

muerte, como se verá en mi defengañio, pues si oy las que estamos señaladas para defengañar, hemos de dezir verdades, y queremos ser muestras dellas: que esperamos, si no odios, y rencillas, que assegurare ay mas de dos que estàn deseando salir deste lugar, para verter de palabra, y escrito la ponçoña que le ha ocasionado nuestro Sarao; luego bien prevenida està la posta, y bien dispuesto el traer puestas las espuelas, y con todo esto no he de morir de miedo, ya estoy en este asfiento, defengañar tengo a todas, y guardarme de no ser engañada. Paciencia Cavalleros, que todo viene a ser vna Satirilla mas o menos, y esso no harà novedad, porque yà se que no puede faltar, mas en esto me la ganen, porque jamas dixen mal de las obras ajenas, que ay Poetas, y Escritores que se pudren de que los otros escrivan. Todo lo alabo, todo lo estimo, si es levantadissimo lo embidio, no que lo aya trabajado su dueño, sino no aver sido yo la que lo aya alcanzado, y juzgo, en siendo obra del entendimiento, q̄ quando no se estime della otra cosa, sino el desvelo de quien la hizo, ay mucho que estimar, y supuesto que yo no atropello, ni digo mal de los trabajos ajenos, merecerè de cortesia, que se diga viendo los mios. Y en esta conformidad, digo asì:

En la Babilonia de España, en la nueva maravilla de Europa, en la madre de la nobleza, en el jardin de los divinos entendimientos, en

el empero de todas las Naciones, en la progenitora de la belleza, en el retrato de la gloria, en el archivo de todas las gracias, en la escuela de las ciencias, en el Cielo tan parecido al Cielo, que es locura dexarle sino es para irse al Cielo: Y para dezirlo todo de vna vez, en la Ilustre Villa de Madrid, Babilonia, madre, maravilla, jardin, archivo, escuela, progenitora, retrato, y Cielo. En fin retiro de todas las grandezas del mundo: Nació la hermosísima Laurel, no en estos tiempos, que en ellos no fuera admiracion el ser tan desgraciada como ella, por aver tantas bellas, y desgraciadas de padres Ilustres, y ricos, siendo la tercera en su casa, por averse adelantado la primera, y segunda hermana, no en hermosura, sino en nacer antes que Laurel: Ya se entiendo que siendo sus padres nobles, y ricos, la criarían, y dotrinarían bien, enseñándola todos los ejercicios, y habilidades convenientes, pues sobre los caseros, labrar, bordar, y lo demás, que es bien que vna muger sepa para no estar ociosa, fue leer, y escribir, tañer, y catar a vna harpa, en que salió tan vnica, que oída sin ser vista, parecia vn Angel, y visto, y oída vn Serafin. Aun no tenia Laurel doze años, quando ya tenia doze mil gracias: Tanto, que ya las gastava como desperdicios, y la llamavan, el milagro de naturaleza; y si bien criada con el recogimiento, y recato que era justo, ni se pudo esconder de los

ojos de la desdicha, ni de los de D. Estevan, moço libre, galan, musico, poeta, y como dizen baldio. Pues su mas conocida renta era, servir, y en faltando esto, faltava todo: No se le conocia tierra, ni pariente, porque èl encubria en la q̄ avia nacido, quizá para disimular algunos defetos de baxeza. Servia a vn Cavallero de Abito, y era del bien querido por sus habilidades, y solitud. Tendria Don Estevan al tiempo que vió a Laurel, de diez y nueve a veinte años, edad floreciente, y en la que mejor affesta sus tiros el amor, y así fue, pues viendo vn dia a la hermosa niña en vn coche en compañía de su madre, y hermanas, se enamorò tan locamente (si se puede dezir así) que perdió el entendimiento: y la razon, que no pudo ser menos pues informado de quien era Laurel, no desistió de su proposito, conociendole tan imposible, pues ni aun para escudero le estimaran sus padres. Andava loco, y desesperado y, tan divertido en sus pensamientos, que faltava la afsistencia de su dueño; si bien como avia otros criados, no se conocia de todo puto su falta. En fin, viéndose naturalmente morir, se determinò a solicitar, y servir a Laurel, y probar, si por esta parte podia alcanzar lo que no conseguia por otra, supuesto que no alcanzava mas bienes que los de su talle, y gracias, q̄ en quanto a esto no avia que desperdiciar en èl, paseava la calle, da vala musicas de noche, compo-

niendo èl mismo los versos, alabando su hermosura, y gentileza, porque en esto era tan prompto, que si quanto hablava, lo queria dezir en versos, tenia caudal para todo, mas de nada de esto hazia caso, ni lo sentia Laurela, porque era tan niña, que no reparava en ello, ni aunque a esta sazón tenia catorze años, porque todo este tiempo pasó Don Estevan en sus necios desvelos, no avia llegado a su noticia, que era amar, ni ser amada, antes su desvelo era en dexando la labor acudir al harpa, junto con criadas, que tenia buscadas a posta, que sabian cantar, y con ellas entretener, y passar el tiempo, aunque no se para que buscamos ocasiones de passarle, que èl se passa bien por la posta. Todo el tiempo que he dicho pasó Don Estevan en esta suspensa, y triste vida, sin hallar modo, ni manera para descubrir a Laurela su amor; vnas vezes por falta de atrevimiento, y las mas por no allar ocasion, porque las vezes que salia de casa era con su madre, y hermanas, y quando no fuera esto, ella atendia tan poco a sus criados, que los pagava con vn descuydado descuydo. Pues considerando el atrevido moço lo poco que grangeava aguardando que por milagro supiera Laurela su amor, intentò vno de los mayores atrevimientos que se puede imaginar, y que no se pusiera en èl, sino vn hombre que no estimara la vida; y fue, que hallandose vn dia en casa de vn amigo casado

estava alli vna muger que avia sido criada de la casa de Laurela, a quien èl reconociò, como quien medianamente, por su asistencia, conocia de vista a todas, que haziendose algo desentendido, le dixo: Pareceme, señora, averos visto, mas no me puedo acordar donde: La moça reconociendo averle visto algunas vezes en aquella calle, le respondiò: Abreisme visto, señor, àzia el Carmen, que alli cerca he servido algunos meses en casa de Don Bernardo. Assi es, dixo èl, que en essa misma casa os he visto, y no me acordava. Y yo a vos, dixo la moça, os he visto algunas vezes passar por essa misma calle. Tengo en ella, dixo Don Estevan, vn galanteo, y por esso la passo a menudo. Mas porque os fallisteis de essa casa, que tengo noticia ser buena? Y como q̄ lo es, mas en aviendo muchas criadas, facil cosa es encontrarse vnas con otras, y assi me sucediò a mi. Yo servia en la cozina: ay en casa otras tres dözellas, reñimos vna dellas, è yo, y la vna por la otra nos despedimos, y cierto, q̄ me ha pesado, porque los señores sò vnos Angeles, en particular, mi señora Laurela, que es la menor de tres hijas que ay, que solo por ella se puede servir de valde, porque como es muchacha, toda la vida anda jugando con las criadas. Hermosa es essa dama, respondiò Don Estevan, mas que sus hermanas. Que tiene que hazer, ay señor mio, vale mas la gracia, el donayra, y el agrado de mi señora

Laurela, que todas las demás, y mas quando toma el harpa, y canta, que no parece sino vn Angel. Tambien canta? dixo Don Estevan. Excelentissimamente, respondió la moça; y es tan aficionada a la musica, que quantas reciben criadas, gusta que sepan cantar, y tañer, y si no lo saben, y tienen voz, las haze enseñar, y como lo sepan, no se les dà nada a sus padres, que no sepan otra labor; porque aman tan tiernamente esta hija, que no tratan sino de agradarla, y servirla, y en siendo musicas no regatean con ellas el salario. Y yo aseguro, que aurà sentido harto, mi señora Laurela, la ida de la que riñò conmigo, porque cantava muy bien; y aun yo con no saber como se entona, si mucho estuviera allà saliera cantora, que como la oia a todas horas, tambien yo en la coquina, al son de mis platos entonava; y dezia mil letrillas. Oido esto por Don Estevan, al punto fundò en ello su remedio, porque despedido de alli, se fue a la plateria, y vendiendo algunas cosillas que tenia grangeadas, comprò todo lo necesario para transformarse en donzella, y no teniendo necesidad de buscar cabelleras postizas, porque en todos tiempos han sido los hombres aficionados a melanas, aunque no tanto como aora, aperciéndose vna navaja, para quando el tierno bello del rostro le desmintiese su trage, dexando sus golillas a guardar a vn amigo, sin darle parte de su intento, se

vistiò, y adereçò de modo, que nadie juzgara, sino que era muger; ayudando mas al engaño tener muy buena cara, que con el trage que digo, dava mucho que desear a quantos la veian. Hecho esto, se fue en casa de Laurela, y dixo a vn criado, que avisasse a su señora, si queria recibir vna donzella, porque venia avifada que se avia despedido vna: Los criados, como su exercicio es mormurar de los amos, que les parece que solo para esso los sustentan, le dixeron burlando de la condicion de Laurela, que sino sabia tañer, y cantar q̄ bien se podia bolver por donde avia venido, porq̄ en aquella casa no se pedia otra labor, y que siendo musica la recibirian al punto. Siépre oí, dixo D. Estevan, q̄ tañer, y cantar, no es ajuar: mas si en esta casa gusta de esso, les ha venido lo q̄ deseá, q̄ a Dios gracias, mis padres como me criaron para Monja, casi no me enseñaron otro exercicio: saltaronme al mejor tiempo, con que he venido de ser señora a servir, y me acomodo mejor a esto, que no a hazer otra flaqueza. En verdad, dixo el vno de los criados, que tenéis cara mas para esso, que para lo que pretendéis, y que gastara yo de mejor gana con vos, mi jornalejo, que con el Guardian de San Francisco. En lo vno, ni en lo otro le embidio la ganancia hidalgo, dixo Don Estevan, y ahorremos de chanças, y entre a dezir si me han menester, porque sino, tengo otras dos casas en venta, y me ire a la que mas me diere

gusto: yo le tendré muy grande, en que quedeis en casa, señora hermosa, porque me aveis parecido un pino de oro, y así entraré a decirlo, mas ha de ser con una condición, que me aveis de tener por muy vuestro. Entré galán, y dígalo, que se verá su pleyto, respondió Don Estevan, y con esto el criado entró donde estaban sus Señoras, y les dixo, como a fuera estava una donzella, que preguntava, si la querian recibir para servir en lugar de la que se despidió, y os prometo, señoras (hà, medio el amartelado escudero) que su cara, despejo, y donayre, mas merece que la sirvan, que no que sirva: y demás desto dize, que sabe tañer, y cantar. Sonóle bien a Laurela esta habilidad, como quien era tan llevada della, y las demás: No desagradó, que luego mandaron que entrasse, que como madre, y hermanas querian ternísimas a Laurela, todas le seguian la inclinación, no juzgando la viciosa, no advirtiendo, que el demonio texe sus telas, tomando para hazerlo de cada uno la inclinación que tiene. Dada, pues, la licencia entró la donzella, y vista, y informada de lo que sabia, hazer, agradadas de su brio, y desemboltura, a pocos lances quedó en casa; porque si a todas agradó, a Laurela enamoró, tanto era el agrado de la donzella. No fue este amor de calidad de Don Estevan, porque Laurela, sin advertir engaño, creyó que era muger: Preguntaronla el nombre, y dixo, que se llama

mava Estefania, sin Don, que entonces no devia de ser la vanidad de las señoras tanta como la de agora; que si tiene picaça, la llaman Doña Virraca, y si papagayo Don Loro, halta a una perrita llamó una Dama, Doña Marquesa, y a una gata Doña Miza. Pues Estefania, dixo Laurela, yo quiero oír tu voz para ver si me agrada tanto como tu cara. Ay, señora, mia, respondió Estefania, si la voz no es mejor que la cara, buena medra sacaré. Y aviendole dado una guitarra, templó, sin enfadar, y cantó sin ser rogada. Falta tan grande de los Cantores, quando vienen a conceder, ya tienen enfadado al genero humano de rogarlos, mas Estefania cantó así.

Después que pasó

de la edad dorada

las cosas que cuentan

las viejas honradas.

Y después que al Cielo

fueron desterradas

la verdad hermosa,

la inocencia santa.

Porque acá las gentes

yá las maltratavan,

ó por ser mugeres,

ó por no imitarlas.

Quando las encinas

la miel destilavan,

y dava el ganado

hilos de oro, y plata.

Ofreçian los prados

finas esmeraldas,

y la gente entonces

sin malicia estava.

Quando no traian fregonas, ni damas guardainfantes, moños, guardapies, y enaguas.  
 Quando los galanes, calçavan albarças, no medias de pelo, que estèn abrafadas.  
 La de plata y vino, donde ya empeçavan à saber malicias, y à maquinár traças.  
 Esta passò, y luego la de alambre falsa mostrò en sus engaños maliciosas traças.  
 Llegò la de hierro, tan pobre, y tan falta de amistad, que en ella no ay mas que marañas.  
 Son tantos los males, tantas las desgracias, que se teme el mundo de que ya se acaba.  
 Al tiempo embiò con su blanca barba de Iupiter santo à la Audiencia sacra, Para que le advierta, que repare, y haga contra tantos vicios, juezes de fama.  
 Iupiter le dixo, que diga la causa, que à pedir justicia, obliga à sus canas.  
 Lo primero, pidió en voces altas, que los lisongeros desterrados vayan.  
 Porque solo aquellos,

oro, y seda arrastran, y de los señores, son pulgas que abrafan.  
 Y que à la mentira descubran la cara, que verdad se nombra, como anda tapada.  
 Iten, que declare, como, ò donde halla los diversos trajes con que se disfraca.  
 Que las viejas muestren sus cabeças canas, las Damas sus pelos, los hombres sus calvas.  
 Porque ay mil achaques, postillas, y agallas, remas, y jaquecas, y otras cosas malas.  
 Despues que se vfa vender en la plaça, cabelleras, moños, que à los muertos sacan.  
 Si son pelicortas, que manden que traigan las cofias de pabosil de la Infanta Vrraca.  
 Que à los hombres manden, que vistan botargas, como en otros tiempos los Godos vsavan.  
 Que nuestros abuelos era gente honrada, y siempre vistieron vna martingala.  
 Las medias de pelo mueran abrafadas, y las que las hazen sean leña, y ascuas.  
 Porque no ay haciendas, que todas se gastan

- en ponerse vnas  
todas las semanas.
- Demàs que parecen,  
que descálços andan,  
quitando el valor  
à las Toledanas.
- Que a sus trages buelvan,  
y buelvan à Francia  
los que le han hurtado,  
que parece infamia.
- Que Francia el valor  
le ha robado à España,  
y los Españoles  
al Francès las galas.
- Que en la roperia  
acorten las faldas,  
aquestos jubones,  
ya medio sotanas.
- Y que se recojan  
aquestas que andan  
pelando atrevidas  
las bolsas, y el alma.
- Y porque trabajen  
les señalen casa,  
donde recogidas  
coman, si lo ganan.
- Que gastando mantos,  
y rompiendo sayas,  
como vemos vale  
la seda muy cara.
- Que à los coches pongan  
coroças muy altas  
por encubridores  
de bajezas tantas.
- Y que à ciertas viejas,  
que en forma de santas  
voluntades juntan,  
à los montes vayan.
- Porque solo sirven  
de enseñar muchachas  
à chupar las bolsas,  
y hazer carabanas.
- Que algunos maridos,  
manden que en sus casas  
miren por si ay  
varas encantadas.
- Con que sus mugeres  
oro, y tela arrastran,  
y ellos passeando  
comen, visten, calçan.
- Que à mil maldicientes  
que atrevidos hablan  
contra las mugeres,  
à la guerra vayan.
- Que sobre los Dones  
echen alcavalas,  
y la cantidad  
à pobres repartan.
- Que si cada vno  
ofrece vna blanca,  
el vno por ciento  
no harà suma tanta.
- Esto pidió el tiempo,  
y Iupiter manda,  
que se vea su pleyto,  
que fue no hazer nada.

Cantò esta satira Estefania con  
tanto donayre, y defemboltura, que  
dexò a todas envelesadas, creyendo  
q̄ tenian en ella vna preciosa joya, q̄  
a saber q̄ era el Gallo Troyano,  
pudiera ser no les diera tanto gusto.  
Pues como Laurela era niña, y tan  
inclinada a la música, fuera de si de  
gozo, se levantò del estrado, y cru-  
zando los braços al cuello de Este-  
fania, juntado su hermosa boca con  
la mexilla; favor que no entendió  
ella llegar a merecerle, le dixo: Ay  
amiga, y que alegre estoy de tenerte  
conmigo, y como no tengo de te-



ner por criada, sino por hermana, y amiga: Tomole Estefania vna de su hermosas manos, y besandose-la, por el favor que le hazia, diò por bien empleado su disfraz, que la hazia merecedora de tantos favores, y dixole; Señora mia, yo sè que te merezco, y merecerè toda la merced que me hizieres, como lo conoceràs con el tiempo: porque te asseguro, que desde el punto que vi tu hermosura, estoy tan enamorada. Poco digo. Tan perdida, que maldigo mi mala suerte, en no averme hecho hombre: Y a serlo, dixo Laurela, que hizieras? Amarte, y servirte hasta merecerte, como lo harè mientras viviere, que el poder de amor tambien se estiende de muger a muger como de galan a dama. Diolas a todas gran risa oír a Estefania dezir esto, dando vn lastimoso suspiro, juzgando que se avia enamorado de Laurela. Preguntò Estefania, si avia mas donzellas en casa? otras dos, dixo Laurela, y vna criada que guisa de comer: y oïdo esto pidió a sus señoras, que se sirvieran de darle cama a parte, porque no estava enseñada a dormir acompaña da, y que demàs desto era apasionada de malencolia, cosa vsada de los que hazen verfos, y que se hallava mejor con la soledad. Luego tambien tiene es-fa habilidad? dixo Laurela. Por mis pecados, respondiò Estefania, para que estuviesse condenada a eterna pobreza. Cada día me parece que descubriràs nuevas habilidades, respondiò Laurela, mas en

quanto a tu pobreza vencido has a tu fortuna en aver venido a mi poder, que yo te harè rica, para que te cafes como tu mereces. Ya soy la marica del mundo, pues estoy en tu poder, que yo no quiero mas riqueza, que gozar de tu hermosa vista, y en lo que toca a casarme no tienes que tratarme tal cosa, que la divina imagen que oy ha tomado asiento en mi coraçon, no darè lugar a que se aposente en èl otra ninguna. Bolvieronse a reir todas, confirmando el pensamiento que tenian, de que Estefania estava enamorada de Laurela: y en fin, para mas agradarla, le dieron su aposento, y cama dividido de las demàs, con que Estefania quedò muy contenta, por poder al desnudarse, y vestirse no dar alguna sospecha, y remediar quando las flores del rostro empeçassen a descubrir lo contrario de su abito, que aunque hasta entonces no le avian apuntado, se temia no tardarian mucho. Gran fiesta hizieron las demàs criadas a Estefania, ofreciendole todas por amigas, si bien embidiosas de los favores que le hazia Laurela. Vino su padre a cenar, que era vn Cavallero de hasta quarenta años, discreto, y no de gusto melancolico, sino jovial, y agradable, y dandole cuenta de la nueva donzella que avia traïdo a casa, y de sus gracias, y habilidades: y diziendo la queria ver, vino Estefania, y con mucha defemboltura, y agrado besò a su señor la mano, y èl muy pagado della, lo mas que pon-

derò fue la hermosura, con tal afecto, que al punto conociò Estefania que se avia enamorado, y no le pesò, aunque temió verse perseguida del. Mandola que cantasse, que no lo rehusò, que como no era muger,

mas que en el abito, no la ocupò la vergüenza: y assi pidiendo vna guitarra, con la promptitud del ingenio, y la facilidad que tenia en hazer Versos, que era cosa maravillosa, Cantò assi.

Ausentòse mi sol, y en negro luto,

me dexò triste, y de dolor cercada,

bolvió à salir la Aurora aljofarada,

y dile en feudo lagrimas por fruto.

Nunca mi rostro deste llanto enjuto,

le dà la norabuena à su llegada,

que si ella vè su sol, yo desdichada,

al mio doy querellas por tributo.

Sale Fevo tras ella, dando al suelo

oro, si le diò perlas el Aurora,

plata à las fuentes, y cristal al rio.

Sola yo con eterno desconsuelo

no me alegro, aunque mirò alegre à Flora,

que aunque sale su sol, no sale el mio.

Amo, temo, y porfio,

à vencer con mi amor fieros temores:

mas ay que por instantes son mayores.

En mi es amor gigante,

en mi es infante tierno,

para que sea mi tormento eterno,

Ama gigante,

y teme como infante,

y yo padezco como firme amante.

Competencia puede aver, Estefania, sobre qual ha de llevar el Jaurel, entre tu voz, y tu hermosura, dixo Don Bernardo, que assi se llamava el padre de Laurela. Y mas dixo Doña Leonor, que este es el nombre de su madre, que lo que càta ella misma, es lo que compone, y en este soneto parece que estava enamorada Estefania quan-

do le hizo. Señora mia, respondiò ella, lo estava, y lo estoy, y estarè hasta morir, y aun ruego a Dios no passe mi amor mas allà del sepulcro; y en verdad, que como se iban cantando los Versos, se iban haziendo, que a todo esto obliga la belleza de mi señora Laurela, que como se salió acà fuera, y me dexò a oscuras, y yo la tengo por mi,

sol-

soltome este assumpto aora que me mandò Don Bernardo mi señor, que cantasse. Empeçaron todas a reirse, y Don Bernardo preguntò, que enigmas eran aquellas? que enigmas han de ser, dixo Doña Leonor? sino que Estefania està enamorada de Laurela desde el punto que la viò, y lamenta su ausencia, celebrando su amor, como aveis visto. Bien me parece, respondiò Don Bernardo, pues de tan castos amores bien podemos esperar hermosos nietos. No quiso mi dicha, señor mio, dixo Estefania, que yo fuera hombre, que ha serlo sirviera como Jacob por tan linda Rachel. Mas te quiero yo muger que no hombre, dixo D. Bernardo. Cada vno busca, y desea lo que ha menester, respondiò Estefania. Con estos, y otras burlas, que pararon en amargas veras, se llegó la hora de acostarse, diciendo Laurela a Estefania, la viniessè a desnudar, porque desde luego la hazia favor del oficio de Camarera, se fueron, y Estefania con su señora, assitiendola hasta que se puso en la cama, gozando sus ojos, en virtud de su engaño; lo que no se le permitiera, menos que con su engañoso disfraz enamorandose mas que estava, juzgando a Laurela aun mas linda desnuda que vestida. Mas de vn año passò en esta vida Estefania, sin hallar modo como descubrir a Laurela quien era, temiendo su indignacion, y perder los favores que gozava: que de creer es, que a entender Laurela, que era

hombre, no passar por tal atrevimiento, que aunque en todas ocasiones le dava a entender su amor ella, y todas lo juzgavan a locura, antes le servia de entretenimiento, y motivo de risa, siempre que la veian hazer estremos, y finezas de amante; llorar zelos, y sentir defendenes, admirando, que vna muger estuviessè enamorada de otra, sin llegar a su imaginacion que pudiesse ser lo contrario, y muchas vezes Laurela se enfadava de tanto querer, y zelar, porque si salia fuera, aunque fuessè con su madre, y hermanas, quando venia la pedia zelos: y si tal vez salia con ellas, le pedia que se echasse el manto en el rostro, porque no la viesse, diciendo, que a nadie era bien fuessè permitido ver su hermosura. Si estava a la ventana, la hazia quitar, y sino se entrava, se enojava, y llorava, y le dezia tan sentidas palabras, que Laurela se enojava, y la dezia, que la dexasse, que ya se cansava de tan impertinente amor. Pues que, si le tratavan algun casamiento, que como era su belleza tanta, antes la deseavan a ella que a sus hermanas, aunque eran mayores, y no feas. Allí eran las ansias, las congoxas, las lagrimas, y los desmayos, que la terniza de su amor, venia la fiereza de hombre: y se tenia entendido, que Estefania se avia de morir el dia que se casasse Laurela. No le faltavan a Estefania, sin las penas de su amor otros tormentos que la tenian bien disgustada, que era la persecucion de su a-

mo, que en todas ocasiones que se ofrecían la perseguía, prometiendo la casaría muy bien si hazía por él lo que deseava: y si bien se escuchava con dezirle era donzella, no se atrevia a estár vn punto sola en estando en casa, porque no fuesse con ella atrevido, y se descubriese la maraña. Abrazavasse Estefania en zelos, de vn Cavallero que vivía en la misma casa, moço, y galán, con cuya madre, y hermanas tenia Laurela, y su madre, y las demás grande amistad, y se comunicavan muy familiarmente, passando por momentos los vnos al quarto de los otros, porque sabia que estava muy enamorado de Laurela, y la deseava esposa, y la avia pedido a su padre, si bien no se avia efetuado, porque como Laurela era muy niña, quisiera su padre acomodar primero a las mayores, y era de modo lo que Estefania sentía que fuesse allá Laurela, que no le faltava sino perder el juizio, y lo dió bien a entender vna tarde, que estava Laurela con las amigas que digo en su quarto, que aviendo algun espacio que estava allá, la mandò llamar su madre, que como vino, las hallò a todas en vna sala sentadas a los vafidores, y Estefania con ellas bordando, que aunque no era muy cursada en aquel exercicio, con su bué entendimiento se aplicava a todo. Llegò Laurela, y sentandose con las demás, mirò a Estefania, que estava muy melancolica, y ceñuda, y empeçòse a reir, y sus hermanas, y las demás donzellas, de la misma

fuerte, de que Estefania con mucho enojo enfadada dixo: Graciosa cosa es, que serían de lo que llorè yo. Pues nõ llòres, respondió Laurela, riendose, sino canta vn poco, q̄ me parece, segũ estàs de melancolica, que vn tono grave le cantaràs del Cielo. Por esto te llamè yo, dixo su madre, para que mandadoselo tu, no se escuchasse, que aunque se lo hemos rogado, no ha querido, y me ha admirado, porque nunca la he visto hazerse de rogar sino oy. En verdad, que me tiene mi señora Laurela muy fazonada, para que haga lo que su merced me manda. Ay, amiga, dixo Laurela, y en que te he ofendido, que tan enojada estàs? En el alma, respondió Estefania. Dexa essas locuras, replicò Laurela, y canta vn poco, que es disparate, creer, que yo te tengo de agraviar en el alma, ni en el cuerpo, siquiera porque sea verdad lo que mi madre dize, que cantaràs mandandolo yo, y de no hazerlo te desdizes de lo que tantas vezes has dicho que eres mia. No me desdigo, ni buelvo atrás de lo q̄ he dicho dixo Estefania, q̄ vna cosa es ser de cuya soy, y otra estar enojada, y sè, q̄ no estoy cantando, y hablando, sino para dezir desaciertos; mas algũ dia me vengarè de todo. Reían todas. Canta aora, dixo Laurela, aunque sea quanto quisieres, que despues yo llevarè con gusto tu castigo, como no sea perderte, que lo sentirè mucho. Afsi supiera yo, dixo Estefania, que esto se avia de sentir, como no estuvièra vn instante mas en casa,

fa. Dios me libre de tal, respondió Laurela. Mas dime, queriendome tanto, tuvieras corazón para dexarme? Soy tan vengativa, que por matarme matara, y mas quando estoy rabiosa como aora que despues averiguarèmos este enojo. Pues como Estefania era de tan presto ingenio, y mas en hazer versos, en vn instante aperci- biò cantando, dezirle su zelosa pas- sion, en estas Canciones.

O Soberana Diosa,  
 asi à tu Indimion gozes segura,  
 sin que vivas zelosa,  
 ni desprecies por otra tu hermosura  
 que te duela mi llanto,  
 pues sabes que es amor, y amaste tanto,  
 yà ves que mis desvelos  
 nacen de fieros y rabiosos zelos.

Fuèlle mi dueño ingrato,  
 à no sè que concierto de su gusto:  
 Ay Dios, y que mal trato,  
 castigue amor vn caso tan injusto:  
 y tu, Diana bella,  
 mira mi llanto, escucha mi querella,  
 y sus veredas sigue,  
 y con tu luz divina le perfigue.

Para muchos has sido  
 cansada sacra Dea, y enfadosa,  
 y muchos han perdido  
 por descubrirlos ocasion dichosa,  
 hazlo asi con mi amante,  
 figue sus passos, vela vigilante,  
 y dale mil disgustos,  
 impidiele sus amorosos gustos:

Derète el blanco toro,  
 de quien Europa enamorada goza,  
 de Midas el tesoro,  
 y de Fevo, tu hermano la carroça,  
 el belloecino hermoso,  
 que de Iason fue premio venturoso,  
 y por bella, y loçana  
 juzgarè que mereces la mançana,  
 Solo, porque me digas,

si fue à gozar algunos dulces brazos,  
 si dizes, no profigas,  
 hechos los vea quatro mil pedaços,  
 y di: Quieres los muchos?  
 que si me dizes, tal sentencia escucha:  
 ea pues, ojos mios  
 bolveos con llantò caudelosos rios.

Como di, ingrato fiero,  
 tan mal pagas mi amor, tan mal mi pena,  
 mas ay de mi, que quiero  
 contar del mar la mas menuda arena,  
 ver en el suelo estrellas,  
 y en el hermoso Cielo plantas bellas:  
 pues si lo consideras,  
 es lo mismo pedirte que me quieras.

Del amor dixo el Sabio,  
 que solo con amor pagar se puede,  
 no es pequeño mi agravio,  
 no quiera amor que sin castigo quede,  
 pues quando mas te adoro,  
 si lo entiendes asì, confusa ignoro,  
 y es mi mal tan estraño,  
 que mientras mas te quiero, mas me engaño.

Confieso que en ti sola  
 extremò su poder naturaleza,  
 y en la tierra Española  
 eres mostruo de gala, y gentileza  
 mas de vna piedra belada  
 tienes el alma por mi mal formada;  
 y la mia en tu yelo  
 es Etna, es vn Bolcan, es Mongivelo.

Essos ojos que adoras,  
 à caso son mas dulces que los mios?  
 si pues en ellos moras,  
 y por su causa tratas con desvios  
 los ojos, que en tus ojos  
 adoran por favores los enojos,  
 por gloria los desdenes,  
 y los pesares por dichosos bienes,

Ojos, no la mirasteis?  
 pues pagad el mirar con estas penas,

coraçon no la amalleis?  
 pues sufrid con paciencia estas cadenas.  
 Razon, no te rendiste?  
 pues di, porque razon estàs tan triste?  
 pues es mayor fineza  
 amar en lo que amais esta fineza?

No sabes que te adoro?  
 pues como finges, que mi amor ignoras?  
 mas que mayor tesoro,  
 que quando tu nueva belleza adoras,  
 halles el pecho mio  
 tan abrafado, quando el tuyo frio:  
 y tèn en la memoria,  
 que amar sin premio es la mayor vitoria.

Así seas oïda  
 de tu Marciso, Ninfa desdichada,  
 que en eco convertida  
 fue tu amor, y belleza malograda;  
 que si contigo acafo  
 habla la causa en quien de amor me abrafo;  
 le digan tus acentos  
 mis tiernos, y amorosos sentimientos.

Y tu, Venus divina,  
 así tu Adonis en tus braços veas:  
 y à ti gran Proserpina,  
 así de tu Pluton amada seas,  
 y que tus gustos goze  
 los seis meses que faltan à los doze,  
 que à Cupido le pidas  
 restituya mis glorias ya perdidas.

Así de la Corona  
 gozes de Vaco, ò Adriana bella,  
 y al lado de la Tona  
 assiento alcances, como pura estrella:  
 y al ingrato Teseo  
 veas preso, y rendido à tu desseo,  
 à que le impides el gusto  
 à quien me mata con cruel disgusto.

Y tu Calixta hermosa,  
 así en las aguas de la mar te bañes,  
 y que à Iuno velosa

para gozar à Iupiter engaños;  
 que si desde tu esfera  
 vieres que aquesta fee tan verdadera  
 se paga con engaño,  
 castigues sus mentiras, y mi daño,

**O** tu Diosa suprema,  
 de Iupiter hermana, y dulce esposa;  
 assi tu amor no tema  
 agravios de tu fee, ni estès zelosa,  
 que mires mis desvelos,  
 pues sabes que es amor, agravio, y zelos,  
 y como Reyna altiva,  
 feas con quien me agravia vengativa!

**Dile** al Pastor, que tiene  
 para velar à Iole los cien ojos,  
 que à tu gasto conviene  
 velar de aqueste sol los rayos rojos,  
 que solian ser mios,  
 y son aora de otros desvarios;  
 pero tenga advertencia,  
 que es vara de Mercurio su eloquencia.

**Y** tu, triste Tesseo,  
 refiere la pena que padeces  
 en el caucaño feo,  
 que las entrañas al rigor ofreces  
 de aquella Aguila hambrienta,  
 porque padezca con dolor, y afrenta,  
 y assi en cabeça agena  
 tendrá escarmiento, y sentirà mi pena.

**Dile**, Tantalò triste  
 por faltarte lealtad, la pena tuya  
 la gloria que perdiste,  
 del nectar Sacro, y para que concluya,  
 cuentalè tu fatiga;  
 y como amor tu ingratitud castiga;  
 habla, no estès tan mudo,  
 podrá el temor lo que el amor no pudo.

**No** goze de su amante  
 la verde yedra, de su dueño asida,  
 pues que la fee inconstante  
 de aquel dueño querido de mi vida,



ya se passa à otro dueño,  
con que yo de morir palabra empeño,  
pero ser de amores,  
porque sean mas dulces mis dolores.

Deshaganse los laços  
del leal, y dichoso Hermafrodito,  
pues en agenos braços  
à mi hermoso desden està permito,  
sin que mi mano ayrada  
no tome la vengança deseada,  
que con zelos bien puedo,  
ni respetar deydad, ni tener miedo.

Cancion si de mi dueño  
bien recibida fueres,  
pues de mi pena fiel testigo eres,  
qual sabia mansegera,  
dile me escusa aquesta pena fiera;  
y para no matarme  
si desea mi vida, quiera amarme.

Admiradas estavan Doña Leonor, y sus hijas con todas las demás de oir a Estefania, y Laurela, que de rato en rato ponía ella sus hermosos ojos, amando los sentimientos con que cantava, tomando, y dexando los colores en el rostro, conforme lo que sentía, y ella de industria en su canción ya parecia que hablava con Dama, ya con galán, por divertir a las demás: y viendo avia dado fin con vn eternissimo suspiro, Laurela, riendose, le dixo: Cierto, Estefania, que si fueras, como eres muger, hombre, que dichosa se pudiera llamar, la que tu amaras. Y aun afsi como afsi, dixo Estefania: pues para amar, supuesto que el alma es toda vna en varon, y en la hembra, no se me dà mas ser hombre que muger, q̄ las

almas no son hombres, ni mugeres, y el verdadero, amor en el alma està, que no en el cuerpo, y el q̄ amare el cuerpo con el cuerpo, no puede dezir que es amor, sino appetito, y desto nace arrepentirse en posesyendo, porque como no estava el amor en el alma, el cuerpo como mortal se cansa siempre de vn manjar: y el alma, como espiritu no se puede enfastiar de nada. Si mas es amor sin provecho, amar vna muger a otra, dixo vna de las criadas. Este, dixo Estefania, es el verdadero amor, pues amar sin premio, es mayor fineza. Pues como los hōbres, dixo vna de las hermanas de Laurela, a quatro dias que aman, le piden, y fino se le dan, no perseveran? Porque no aman, respondió Estefania, que si aman,